

EDUARDO MARQUINA

**Almas
anónimas**

NOVELA



85920

BARCELONA -----
E. DOMENECH, EDITOR
----- 1909

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

33595

Avdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

863

M,

PQ6623

A7

A4

ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



CAPÍTULO PRIMERO

I

QUISTE los perros esta noche, Talo?

—Ladraron á la madrugada, señorita Agueda Pía.

—Como locos... Despertaron á mi madre.

—Ladraron los de Vds. y más abajo la perra de la Huerta y el lebel del cura y el mastín del Faro.

—¿Qué pasaba?

—Como no ladraran á la gente del yate italiano que entró, de madrugada, con los reflectores encendidos...

—¿Tenemos forasteros?

—No se sabe... El yate apagó fuegos, apenas anclado... Se oyó, en aquellos silencios de la hora, ya los conoce usted,

una voz que daba órdenes... Arrastraron unos bultos sobre cubierta... y luego nada... Hasta el amanecer ha habido hacia la proa una lucecita roja. —Se apagó, al rayar el alba... Ahora el barco duerme, anclado en la mitad del puerto, blanco y esbelto como una gaviota en el momento de rozar el agua con las alas.

—¿Quién viene en el barco?

—No se sabe.

—¿Había tocado puerto alguna vez?

—En el pueblo nadie lo recuerda.

—¿Puedo verlo, desde aquí?

—Desde aquí no, señorita Agueda Pía. La Isla se lo esconde. Dé V. unos pasos hacia el Pico... desde allí verá.

—Buenos días, Talo.

—Buenos los tenga, señorita Agueda Pía.

Y por el sendero estrecho, llevando al hombro la red, bordeada de plomos, que, como todas las madrugadas, le había servido para cubrir, lanzándola hábilmente, los peces roqueños, perdióse Talo en la limpia vibración de aquella mañana de junio, camino del enano pueblecito.

II

Agueda Pía permaneció todavía unos instantes, sobre el banco de pizarra,

adosado á la pared de la casa, tan resplandeciente de cal, en el albor de la mañana, tan immaculada y cándida, en el árido oro viejo de las rocas y de los yerbajos, que parecía hecha con espumas del mar, en aquella punta de tierra. En el pueblo no la nombraban de otro modo que la «Casa Blanca».

Era baja y ancha. Invitaba á la paz y á la contemplación. Tenía muchas ventanas en los muros. Muchas ventanas y tres puertas; salían curiosidad y ansias de vida por la dilatada y franca abertura de las ventanas; velaba en los quicios de las puertas, como una diosa, á la vez doméstica y sociable, la hospitalidad.

Agueda Pía tenía, á sus pies, los dos hermosos perros cuyos ladridos la inquietaron á la noche y despertaron á su madre.

En la inacción de su actitud contemplativa, doblaba de vez en cuando, el talle fino para pasarles, ahora al uno, ahora al otro, la mano por el cuello. Y decía:

—Stop... Yap...

Y en la domesticidad apacible, entrañable, cordial, de la hora, del sitio y de su misma figura honestísima, sonaban con un dejo inquietante y extraño los dos nombres exóticos...

III

Un poco á la izquierda y un poco alta, en el muro, se abría, á espaldas del banco en que estaba sentada Agueda Pía, una de las múltiples ventanas de la Casa Blanca.

Tenían estas ventanas, á la parte exterior, postigos de madera pintados de verde. Abiertos los postigos y sujetos al muro blanco con dos garfios de hierro, aparecía el alféizar de la ventana, ancho de casi dos palmos y cubierto de macetas con geranios rojos. Detrás de las macetas estaba la vidriera de dos hojas, con cristales cuadrados y menudos que daban un vago aspecto de ventanuca normanda á las de aquella cómoda vivienda de nuestras costas de Levante.

Una cabeza gris, de nobilísimo perfil, apareció, sobre las macetas de geranios, en la ventana que tenía á su espalda Agueda Pía.

—¡Nena!... ¿Dónde estás?

—Aquí, mamá; no puedes verme; en el banco...

—¿Has descansado?

—¿Y tú?... ¿Dormiste al fin?... ¡Estos perros!... Ya os daré, ya os daré yo... ¡fieras, infames!... No dejasteis dormir á la abuelita!... ¡Ah!... ¡ah!

Se había levantado. Los dos perros,

atemorizados con la fingida repulsa, se habían puesto sobre sus patas; pero movían las colas, bajaban los cuellos, estiraban los hocicos y abrían y cerraban los ojos dolorosamente, mansísimamente, con resignación enternecedora, soportando de antemano el castigo que los gritos de su dueña presagiaban.

La cabeza gris se había como iluminado de orgullo y de cariño, detrás de los geranios, en cuanto se puso al alcance de sus miradas, que la acariciaban, Agueda Pía, esbelta y radiosa, con gestos de severa elegancia, riñendo á sus canes.

—Loca... ¡déjales! ¿qué saben ellos?

—Es que han despertado á la abuelita... y su mamá les riñe... ¡Vaya!

Temblaban los dos perros: el más dulcemente hipócrita, Stop, inició un aullido languidísimo, que pedía conmiseración.

Enternecióse Agueda Pía.

—No; pobrecitos, no... Tiene razón la abuela.—Vosotros qué sabéis... Tomad, tomad; ya estoy contenta, ya os perdono.—Ved.

Se había inclinado; les abrazaba á los dos: la cabeza gris sonreía...

—¿Es verdad que han llegado forasteros, Nena?

—Sí; un yate italiano... ¡Pobre Stop!... ¿Tenías miedo?

—¿Lo has visto?

—No...

—¿Cómo es eso? ¿Novedades en el pueblo, y tú no me las cuentas? ¿Qué va á ser de la Casita Blanca, si le quitan su campana?...

—Se estará callada... blanca y callada es la nieve.

—Me engañas. Entra, Nena. Me contarás almorzando lo que sabes.

—No sé nada.

Agueda Pía se había desinteresado de los perros.—Estos, conociéndolo, sin necesidad de que su dueña les despidiera, echaron á correr, dando saltos, tendiendo los cuellos, por el mismo sendero que antes había cruzado el Talo; pero en dirección inversa. La tierra se adelgazaba, por aquel lado, formando un cabo estrecho que entraba en el mar. A aquel delta roqueño y áspero le llamaban el Pico. Desde allí sostenía Talo que podía verse el yate, anclado en mitad del puerto. Allí se detuvieron los dos perros, olfatearon y volvieron á ladrar.

Oyóles Agueda Pía. Entonces, precisamente, acababa de entrar en la casita y daba los buenos días á su madre. La había besado ésta, y la tenía abrazada todavía...

—¿A quién ladran los perros, Nena?

—A ese barco... ¿por qué vendrán á inquietarnos esas gentes?

Había, sobre la mesa, un jarro de leche, una cafetera de barro panzudita y humeante: dos panecillos abiertos. dos tazas, azúcar, manteca y frutas.

Un hilo de sol, entrando por la rendija de una ventana, ponía un nimbo de púrpura en el velludo suave de un albaricoque.



CAPÍTULO SEGUNDO

I



A siesta.

Agueda Pía, en aquella hora quietamente fervorosa del verano, gustaba de estar sola, al aire libre.

La vida beata de las dos mujeres que conocen ya nuestros lectores, en la Casa Blanca, no recordaba Agueda Pía que se hubiera apartado, en muchos años, de la misma pauta.

Por la mañana quehaceres domésticos, jabón y agua-manos, con misa de añadidura los domingos; por la tarde, labor de ropa blanca, visitas muy discretas, lectura, algunas cartas, rosario los viernes y paseo de doña Dolores, á su paso paso, con el sol aun alto; por

las noches, risueñas farsas de Agueda á los perros, para despedirse de ellos, cierre de ventanas, atrancar de puertas, ovillar de madejas de lana y estambre debajo de las lámparas, plan del otro día, procesión diminuta de candelas y descanso general.

Comían á las doce, de ordinario las dos mujeres solas; pero solían sentar á su mesa á Mosén Pedro, el cura, todos los sábados; cenaban á las ocho, se acostaban á las diez, se levantaban á las seis y, á veces, antes.

Esta vida patriarcal que, á primera vista, podría atribuirse á una influencia natural del medio en almas dulcemente femeninas y pasivas, era la obra cuidada, paciente, reflexiva y voluntaria, en que ponía todas las escasas energías de su corazón asustadizo Mamá Dolores.

II

Fuera de las dos mujeres, que ya conocemos, únicamente habitaban en la espaciosa holgura de la Casa Blanca, Mari-Pepa la cocinera y su marido, el viejo Chopo, adicto fidelísimo.

No distaba el pueblecito marinero, donde comienza nuestra historia, de una populosa villa, cabeza de partido en una de las provincias catalanas, vecina á la frontera.

Como las gentes de la Casa Blanca, que vivían confortablemente, tenían hábitos señoriles y aun refinamientos de un lujo muy selecto y casi exótico, necesitaban, para el abastecimiento de la casa, de un carro que, dos veces por semana, hacía el viaje, en siete horas, á la susodicha villa. Cuidaba del caballo, de las cuadras y de otros menesteres igualmente hombrunos, el viejo Chopo, marido, como hemos dicho, de Mari-Pepa. Había sido contrabandista, en sus mocedades y contaba historias muy sabrosas de aquellos buenos tiempos de su vida aventurera.

El viejo Chopo tenía también el cargo general y no difícil de las tierras. Estaba empotrada la Casa Blanca en la mitad de un promontorio rocoso que, en forma de cabo, estrechándose y adelgazándose hacia el Pico, entraba en el mar. La áspera catadura del terreno solicitaba cuidados escasísimos. Se habían llenado, en algunos sitios, los cuencos naturales de las rocas con tierra de cultivo, se abonaba aquello bien y en torno á la Casa Blanca, emergían, aquí y allá, con el mar azul turquí, de fondo, recios pinos marítimos, cedros de ramaje cónico y verdes tamarindos...

El viejo Chopo, de vez en cuando, tomaba á sueldo dos hombres del pueblo

que le ayudaban á pulir, mondar, limpiar y darle riego á todo aquello.

En invierno, de las junturas de las rocas, brotaban, con la humedad, yerbas p arasitas, que con el sol de junio se abrasaban, veteando de amarillo el gris azulado de las piedras pizarrosas y cuajando, hacia las puntas, grumos de oro ardiente, sobre el azul del mar.

III

Pero tenía, en sus alrededores, la Casa Blanca, un paraje exótico y extraño que en lo interrumpido de su figuración artificial y vaga, decía una tragedia.

Esta tragedia era la historia de la Casa Blanca, historia de que ya hacían los del pueblo una leyenda, nimbando de poesía y de misterio las dos frentes de aquellas dos mujeres nobil simas y suaves, que, al comenzar los sucesos de nuestro relato, la habitaban.

Al pie mismo del Pico, se abrían naturalmente las rocas, dejando entrar el mar en ellas. El Mediterráneo—*magna parens*—tiene hacia el Levante de España, esas mansedumbres tentadoras, esa domesticidad familiar y materna que no he visto en otro mar. Viene   buscar vuestros pies, para bañarlos, tan suave y dulcemente que os le encon-

tr is en casa y se os vuelca en el alma y os ba a las entrañas sin sentirlo. Los otros mares os ganan por la fuerza y la bravura. El Mediterráneo por la gracia y el amor.

Trasciende hasta las últimas inflexiones de sus aguas la maravilla rítmica de su armoniosa curva total.

Las tempestades del Mediterráneo son juegos olímpicos de Tritones y Sirenas. Y en el retumbo de los truenos sobre sus aguas procelosas, en invierno, hay un dejo sonoro   fanfarrias alegres de mitológicas deidades que hacen sonar el caracol marino. El poema del Mediterráneo no está escrito.

Aquella mansedumbre doméstica del mar, colándose en el cuenco que los siglos le labraron en el Pico, deb o tentar   los fundadores de la Casa Blanca.

Y de esa tentación nació la tragedia que decían permanentemente las formas esbozadas, las columnas rotas antes de aguantar una cornisa quimérica, los montones de piedras que fueron ruina, antes de ser obra, en el paraje aquel.

IV

Llamaban   este sitio los de la Casa y los del pueblo, dando carta de naturaleza   un nombre arcaico «Las Termas».

Efectivamente, se advierten en el

fondo rocoso de aquella piscina natural que forman con el mar las dos antenas gigantescas del Pico, huellas de haber sido artificialmente labrado y rebajado. El agua, que al principio debió tenderse allí en una capa suavísima, levantando del suelo un dedo apenas, tiene ahora, en toda la extensión de «Las Termas», por lo menos tres metros de profundidad.

Arrancando de la chata extremidad de las antenas y formando anfiteatro al pie mismo del Pico, una doble hilera de columnas jónicas levanta en el aire la teoría dolorosa de su inutilidad... Hay, en el anfiteatro, bajo dos columnas, las únicas acabadas, una con su capitel y otra con un trozo de cornisa en equilibrio muerto, una escalinata de jaspe que descende al fondo mismo de la piscina natural. Los primeros peldaños arden, dorados bajo el agua clara; los últimos se pierden delicadamente en una neblina de agua azul...

Ya hemos dicho que por todo aquel paraje está la tierra removida y en catástrofe; montones de piedras, que han ido patinando y redondeando la humedad, el yodo y el salitre, atestiguan de la lejana fecha en que se interrumpieron bruscamente, los trabajos gigantescos.

El agua salta por sobre la extremidad

de las antenas, mordiendo condientes de mujer, la harmoniosa curva blanca de los primeros trozos de columna.

Y en los crepúsculos tranquilos y en las divinas noches blancas en que la luna aquieta el mar, con el óleo resbaladizo de su luz, toda la harmoniosa teoría de columnas rotas se refleja en el agua suavemente iluminada, evocando la paz de un mausoleo quimérico, remoto, absurdo y encantado, que guardara, en el sueño del agua quieta, la momia embalsamada y suave de las «vidas anteriores».

V

Agueda Pía tiene predilección por este sitio.

Os dirá que no puede visitarlo por las noches: es cierto. Era casi niña la primera vez que quiso verlo, en una noche de paz y claridad. Huyó á los pocos momentos con miedo de sí misma.

Benditos los que se temen.

El misterio y el poder del espíritu humano son tan grandes, que no basta la efímera pequeñez de una vida para soportarlos. Generalmente vivimos en paz porque no nos conocemos. Nuestro propio misterio—y nuestra propia fuerza—nos parecen tolerables porque no los hemos visto nunca. Si una vez llega-

mos á *verlos*, ó nuestra vida se rompe, ó en un delirio de producción y de acción, buscamos desembarazarnos de ellos para seguir pidiendo á Dios, en paz, el pan de cada día.

Hay gentes que nacen y mueren sin haberse *visto*. La mitología cristiana ha creado el Limbo para esas gentes. Ibsen, en una imagen gráfica, dice en el «Peer Gynt» que, luego de muertos, la naturaleza, descontenta de ellos, los funde para darles forma nueva. Porque está escrito que todo espíritu debe realizarse y toda fuerza entrar en juego.

Sea como sea, Agueda Pía tuvo miedo de sí misma la única vez que visitó de noche «Las Termas» incumplidas. Creyó que, del fondo de la piscina, entre el aro de columnas reflejadas, emergían sombras pavorosas y blancas que salían á buscarla. Oyó una dulcísima armonía que la ayudaba á morir... Inconscientemente llegó á los peldaños de jaspe y, cediendo á la atracción que tiraba de ella irresistible, como si su carne, por la primera vez, notara el peso de unas invisibles y finísimas raíces que la tenían prisionera de aquella paz mortal, avanzó un pie, metiéndolo en el agua... Vibró toda la piscina en ondas circulares, deshaciéndose el encanto: el contacto del agua, dióle á

Agueda Pía la sensación horrible del frío de la muerte.

Sus diez y ocho abriles cantaron en su corazón primaveral una sinfonía de pánico y alarma. La niña escapó de la mujer futura; trepó á lo alto del Pico, llamó á sus perros, bajó por el sendero, que ya conocemos, y corrió á refugiarse en los brazos de su madre que, toda asustada, resucitó su almita alegre, con besos y caricias.

Aquella noche, antes de acostarse y cediendo á la presión de su curiosidad de niña, Mamá Dolores, devota y cuidadosamente, le explicó la historia de «Las Termas».

Del alma de la madre, perfumada de piedad, como los arcones viejos de alhucema, fueron pasando los recuerdos al fresco recinto que, en su corazón recién abierto, les deparaba Agueda Pía, instaurando allí los primeros cimientos incommovibles de una nueva vida espiritual. Ni ella, ni su madre volvieron á hablar de aquellas cosas.

Pero Mamá Dolores pudo seguir, durante unos días, con angustia y con amor, los balbuceos, los tanteos, las dubitaciones y finalmente la orientación definitiva de su alma, que acababa de adquirir forma maciza, como su cuerpo tierno y floreal la había adqui-

rido, cuatro años antes, también después de un pánico, cuando la crisis de su pubertad.

VI

Agueda Pía encontró manera de conciliar la predilección devota que sentía por «Las Termas» con el miedo aquel á sí misma y á cosas inefables, que la hizo escapar de ellas, cuando las vió, de noche.

Ahora todas las tardes, en la siesta, cuando Mamá Dolores, en su cuarto-alcoba, solía darse una hora larga de descanso, Agueda Pía bajaba á la piscina, se sentaba sobre un roto capitel de mármol y allí se le iba el tiempo sin sentirlo, en una contemplación vaga, imprecisa en que todo se le volvía sugestión apenas susurraba de un misterio remoto que unas veces parecía el eco de su propio pasado y otras el atisbo de un porvenir obsedante.

Para alguien que hubiera podido observarla desde la altura del Pico, la figura de Agueda Pía, sentada en una extremidad del anfiteatro, al pie de la cuarta columna que le hacía sombra, en la gran luz canicular pasmada y quieta, habría acabado de revelarle la tragedia muda del lugar aquel.

Toda la dolorosa inutilidad de aquella armonía truncada, el perpétuo sa-

crificio de tantos equilibrios sin ritmo porque la obra futura no acababa de llegar, el pasmo de aquellas formas en el aire, el misterio de aquella arquitectura arcaica materialmente relevada de un dolor actual, caían y como que se recogían en la gracia fútil y suave de su cuerpo candidísimo, ungiéndolo, en el hechizo de una magia solapada y fatal, para destinos desolados...

Agueda Pía, instintivamente recelosa de aquel inefable influjo que ejercían «Las Termas» en su alma, no le hablaba á su madre de sus visitas diarias á la piscina.

Y en las tardes grises del invierno, cuando la vibración solar y el crugir de las rocas que se resquebrajaban abrasadas, y el reptar de los insectos y la reverberación plateada del agua, no ponían un contrapeso en su alma á aquella desolación de las ruinas muertas, solía llamar á sus dos perros, les obligaba á bajar con ella á la piscina, y los nombraba de vez en cuando, para que, moviendo ellos las colas, hicieran un poco de ruido y pusieran una vaga piedad de amor en aquella paz horrible.

VII

No: no es cierto que la llegada de aquel yate italiano que había puesto

en connoción al pueblecito, que tenía inquietos á los perros y del que la propia Mamá Dolores acababa de hablarle durante la comida con curiosidad, no hubiese interesado á Agueda Pía.

Lo que hay es que, de un tiempo á esta parte, desde la noche del miedo, su corazón cambiaba. Aquella viva, generosa y franca curiosidad con que su corazón se abría, como las ventanas de la Casa Blanca, á los ruidos de la vida, iba convirtiéndose en un recelo pánico á toda novedad, en una instintiva repulsión, mezclada de atracción enfermiza, hacia todo lo que representara un cambio, un accidente en la monotonía trivial de su existencia.

Habríase dicho que el corazón de Agueda Pía aguardaba una fatalidad inminente y la temía. Ella no se daba exacta cuenta del estado de su espíritu; pero procedía como si lo conociera reflexivamente.

Ya, durante toda la noche, no le dejaron descansar los ladridos de los perros. Cuando Talo le había asegurado que, desde la altura del Pico, vería el yate, le costó un esfuerzo dominar su natural curiosidad; pero logró dominarla, como si adivinara en ella un peligro vitando.

Y ahora mismo, en esta siesta de junio, mientras hace, como todos los días, su camino habitual hacia «Las Termas»,

ella no sabe que recónditas alarmas ponen su alma en angustia y su corazón en sobresaltos.

Hoy la paz del sitio, como un bálsamo sedante, aquieta benéficamente aquellas turbulencias. Tal vez por esto, prolonga más su estancia y, rompiendo su costumbre, deja el capitel, en que estaba sentada, y da unos pasos...

VIII

Oye ruido y vuelve la cabeza... Entre las dos columnas altas, en pie, apoyado en una de ellas, delante de la escalinata de jaspe, la cabeza descubierta, y en una forzada inmovilidad, tal vez para no ser visto, interrumpiendo la meditación de Agueda Pía, hay un hombre.

La mujercita se asusta, sin saber por qué. Quiere marcharse.

El desconocido avanza.

—¿He sido indiscreto, sin querer?—No conozco el país: perdón.

—¡Oh, no señor, no! Sino que la sorpresa...

—Es natural... Quise marcharme en cuanto la vi llegar; pero mi desconocimiento del terreno lo ha impedido. He cometido la torpeza de despedir la barca en que he venido aquí... ¿Por dónde puedo ganar la altura y regresar, por tierra, al pueblo?

—Venga V. hacia mí; por esta parte es imposible: aquí, á mi derecha está el sendero...

Un silencio.

El desconocido se acerca á Agueda Pía que, clavada en su sitio, tiene que apoyarse con el hombro en las rocas, ladeándose un poco, para dejarle paso, entre ella y las columnas.

—Otra vez perdón...

Agueda Pía calla: le mira con ojos atemorizados.

El desconocido se ha vuelto y está parado, á pocos pasos de ella: es alto, bronceada la piel del aire de mar; lleva un traje claro y su silueta, ágil y elegante, entona con el sitio: la cabeza descubierta es de una armoniosa perfección no exenta de fuerza: el pelo negro.

—Todavía una pregunta... Esta Casa Blanca del promontorio... ¿es de ustedes?

—De mi madre; sí, señor...

—Abusaré más... ¿y este terreno? ¿y esta extraña arquitectura?

—Nuestros también.

Evidentemente el desconocido seguiría hablando. Pero Agueda Pía está encendida de un rubor suavísimo. Los labios, las fauces se le han secado y habla torpemente.

Su interlocutor debe darse cuenta de

todo esto, porque, dominando del todo su curiosidad y para no prolongar la situación, ya difícil de sostener, se inclina cortesmente, da las gracias, murmura «perdón» por última vez y entra decididamente en el sendero, cubriéndose la cabeza cuando llega á la plataforma del Pico.

IX

Agueda Pía piensa entonces:

—Debe haber llegado en el yate...

Y en seguida, como si aquella explicación la calmara por completo; se ríe de su turbación de hace un momento y dice:

—Me habrá creído una chiquilla...

Decididamente—y á pesar del influjo del sitio—ó, tal vez porque el sitio pierde un poco de su influjo en su corazón que toca á gloria, la pasada aventura le da risa.

Y piensa ahora.

—Mamá Dolores reirá conmigo cuando se lo cuente.

Pero en seguida:

—No; *por hoy* es preferible que no le diga nada á Mamá Dolores.

¿Por qué *es preferible*?... ¡Ah vírgenes malicias de un corazón de virgen! ¿quién podrá desentrañaros?

—Si volviera otra vez...

Un relámpago de indignación en su carita suave... Sin saber por qué ha dejado «Las Termas» y precipitadamente gana la empinada cuesta del sendero.

—Si volviera otra vez...

Ahora es una infinita complacencia, relevada de una punta de malicia picaresca y joven, la que se manifiesta en su semblante. Y al llegar á la plataforma del Pico, respirando á pulmón pleno el aire salitroso, porque la ascensión ha sido penosa, la muchachita termina su hipótesis condicional, de esta manera enigmática:

—Si volviera otra vez... entonces, veremos.

X

Deben ser las tres... A medio sendero, entre las abrasadas flores rojas de un adelfo, un enjambre de abejas de oro, runrunea y traza círculos fervientes... Agueda Pía suele detenerse todas las tardes á contemplar unos instantes, intrigada, la labor de las abejas... ¿Por qué esta tarde no?

Va deprisa, va deprisa, como una bíblica aparición por el sendero.

Sus dos perros, unos pasos más allá, le salen al encuentro. También otras tardes suele interrumpirse en su camino, para jugarles farsas. Y esta tarde, no...

Los perros aullan quejumbrosos, llamándola; pero ella ni siquiera vuelve la cabeza.

Por la tierra dura, entre las vetas amarillas de los yerba jos secos, á través de los troncos de los pinos y los tamarindos, con el pecho jadeante de una emoción desconocida, va deprisa, va deprisa, como una bíblica aparición, por el sendero.

Ella misma no se da exacta cuenta de lo que le sucede; llega á la Casa Blanca, pasa por la puerta, la deja un trecho atrás... ¿á dónde va?

Finalmente ha visto. Descendiendo del promontorio, allí, á sus pies, cerca ya del pueblo, cuyas primeras casitas tocan con la linde de su hacienda, una silueta ágil y elegante, la saca de dudas... Pero la silueta, también, va deprisa, va deprisa, como su propio corazón, por el sendero...